

las violencias y las agresiones de los combatientes. Descalabrados y contusos chiquitines, no pudiendo huir en el desorden de la inesperada derrota, entregábanse a la policía, para que ésta, después de la reprensión del maestro de escuela, de los "inspectores de manzana" o "ayudantes de acera," los devolvieran a sus casas, donde los aguardaba la segunda reprimenda y quizás hasta la segunda paliza.

\*  
\* \*

¡Ah, «guerra de San Juan,» añeja costumbre popular, reto de la muchachería de los barrios, cómo te criaste y te conservaste desde los viejos tiempos coloniales, para practicar un embrionario y cómico «imperialismo» de nuestras plebes y mantener vivos odios y rencillas de plazuela a plazuela, de barrio a barrio, de santo a santo, de parroquia a parroquia! ¡Quién sabe! En estos juegos canallescos, en estos simulacros plebeyos, se adivina una característica tendencia de la raza autóctona, tendencia que no fué debilitada, sino, al contrario, robustecida por el genio de la raza conquistadora.

En el período precortesiano, nuestros abuelos los aztecas, cuando no tenían pueblo con el que combatir, gustaban de libar el vino blanco de sus agaves, con el objeto de enardecerse y luchar entre sí, y tener siempre robusto el brazo para encorvar el arco, y listo el ojo para que la flecha, de punta de obsidiana, se clavase en el pecho, aunque este pecho fuera el de un hermano.

“¡Guerra de San Juan,» guerra de la chiquille-

ría de los barrios, la civilización quiso hacerte desaparecer, pero no lo logró! No desapareciste; te transformaste solamente. Hemos visto pasar tus batallones por el centro de la ciudad. Sabemos que existen y que son formidables, porque tienen travesuras trágicas, y con ser tan pequeños, saben encender la furia ciega en el corazón de los grandes. Te adelantaste, “guerra de San Juan.” Sin esperar a que los arreos de oropel y los cascos de cartón llenaran las plazas, amontonados en los puestos ambulantes, alborotaste el mes de Mayo con tus gritos de combate y el redoblar de tus atambores improvisados.

\*  
\* \*

¿Y por qué—me dirán ustedes—te acuerdas ahora de las “guerras de San Juan”?

Y tendré que disculparme y contestar:—Es que retengo todavía en mi cerebro las agitadas visiones, las violentas fantasmagorías de ayer. Y con un hilo, con el hilo de la Parca pensativa, voy atando los sucesos ínfimos y los máximos, los insignificantes y los trascendentales, los juegos de los niños y las acciones de los hombres, las “guerras de San Juan” y las guerras civiles, las cabezas descalabradas y los pechos abiertos ..... Y pienso: ¡Hasta cuándo, Señor, obedeceremos tus divinas palabras: Amaos los unos a los otros!.....

1911.

EL PAPA Y EL MILAGRO DE LA  
VIRGEN INDIA.

---

Las discusiones de carácter eclesiástico no me preocupan. Sé muy bien que las fiestas de la Virgen de Guadalupe, que las funciones religiosas del mes de Diciembre en la Basílica de la *Villa* vivirán, persistirán, a través del tiempo, y que el culto a la *madona* obscura ha de perdurar, porque jamás tal vez en devoción alguna se mezclaron tan completa, tan armoniosamente, para consuelo de una raza fetichista y triste, la fe, la esperanza y la caridad.

¡Ah! Si el Santo Padre, por un hechizo de clarividencia divina, mientras recita sus plegarias cotidianas, desterrado y convaleciente en un rincón del Vaticano; si mientras reza en la penumbra y en el silencio de su cámara de enfermo, tuviese la visión lejana, la piadosa alucinación que le reprodujera, con la inconsistencia de las cosas soñadas, el atrio del templo de Guadalupe al atardecer de un día 11 de Diciembre, cuando llegan las peregrinaciones de indios cansados y polvorientos, enternecidos y uncosos, pero felices de traer desde las más remotas comarcas, su ofrenda de flores y de ceras y su vago anhelo de confort, entonces, el buen Pío X dejaría

asomar a sus labios la suave y burguesa sonrisa y se humedecerían con una lágrima de simpatía y de misericordia, sus claros ojos, que aún conservan en la infantil ancianidad, el brillo de ópalo de las aguas del Adriático. Y exclamaría:—Sí; que sea día santo, día de «guardar» éste en el que la Iglesia cumple tan bien con su alta misión de elevar a las más humildes criaturas de Dios, desde el caos de una existencia primitiva hasta la gloria radiante que, por encima de las embrionarias conciencias, se abre llena de cánticos y bienaventuranzas.....

\*  
\* \*

Para los que hemos subido algunos tramos en la escala de Jacob de la civilización, para los que, educados en otro mundo moral, o convencidos de otras ideas, permanecemos indiferentes a las prácticas religiosas, la fiesta de la Madre de Cristo, que, bajo una advocación regional, ha sido venerada por nuestros antepasados, por nuestros abuelos, por nuestras madres, es una fiesta de recuerdos, una fiesta íntima y familiar, una fiesta de la que no podemos prescindir, porque es, a un tiempo, deber de la devoción, memoria de la tradición, regocijo para el espíritu y homenaje para la patria.

Esa fiesta es de lo poco que nos queda de nuestras seculares costumbres. El pueblo que a ella va en apretada romería y que invade como una inundación la aldea que se recoge en torno de la mística catedral, bajo la árida falda del Tepeyac, ese pueblo que se *siente los codos* en la tumultuosa procesión, experimenta el magnetismo emocionante

que asalta a un ejército que camina al rededor de su bandera. Bandera es, bandera fue, y victoriosa, esta devoción tan característica, tan típica, tan mexicana. Nuestros héroes hicieron de ella su lábaro. Y es verdad que en ella se unen todas las gentes, todas las clases, todas las categorías: los pobres y los ricos, los fuertes y los débiles, el aristócrata y el proletario, el orgulloso y el humilde. El cristianismo, con su doctrina de paz, de concordia, y fraternidad, logró aquí, lo que no siempre alcanzó por obra de las formas externas del culto, por sugestión de las imágenes y de los retablos: la cohesión nacional, el vínculo poderoso del sentimiento que ata en una sola voluntad todas las voluntades fortalecidas por el ideal divino de la religión y el ideal humano de la patria.

Y hasta el indio que vive tan lejos de nosotros, en una somnolencia precortesiana y dolorosa, hasta ese viejo esclavo de la fatalidad, en cuya tristeza, impasible por atavismo, flotan sombríamente las milenarias tristezas de las largas sumisiones, compartió siempre con el conquistador y con el "criollo" y con el "mestizo" esta emoción colectiva; y puso su idolátrico misticismo junto a nuestra consciente y razonada piedad.

¡Labor sutil y profunda la de la inocente leyenda que con tan cruel sabiduría destruyó, ante los ojos asustados de los "pescadores de luna" del milagro, la crítica demoledora del católico García Icazbalceta!

Y al concluir el siglo XVIII, un hombrecillo vivaz, inquieto, genial y loco, había también pretendido desvanecer, con el esfumino de una dialéctica plateresca, los cuadros ingenuos que representaban

los incidentes del prodigio: Fray Servando Teresa de Mier, desde el púlpito de la Catedral, desmentía a las autoridades eclesiásticas que tal sostuvieron. Este fue el principio de la vida aventurera del fraile dominico: negar la aparición de la Virgen de Guadalupe y substituir el *ayate* de Juan Diego por ..... —¡parece increíble la substitución!—por la capa de Santo Tomás. ¡Extravío de escolástico y arqueólogo, en el cual atizaba la llama vesánica, el enigmático Lic. Borunda! (Cito de memoria: voy de prisa y no consulto con Su Señoría la Erudición).

\* \* \*

Pero ..... ¿y qué? Si el milagro está hecho; si no puede negarse. ¿Qué otra cosa es, si no, este antiguo refugio, esta vieja consolación para una raza desventurada, herida y amedrentada por el arcabuz y la lanza del soldado español, y recogida y amparada entre los pliegues del hábito de los misioneros?

No; el indio no sabe leer; no entenderá los análisis del insigne Icazbalceta ni las argumentaciones del estupendo Fray Servando; el indio no sabe más que soñar, más que anhelar, más que entrever, en una vigilia de su espíritu nebuloso, una tremenda divinidad, una terrible omnipotencia que se ha vuelto dulce, amorosa, benigna, misericordiosa, y que ahora le promete, no como antes, el triunfo sangriento y el sacrificio de los enemigos en la piedra sagrada de los *teocallis*, sino una vida póstuma y extraña, propia, sin embargo, para su indolente resignación; una vida que lo premia-

rá, con hartura para sus hambres y sedes de reposo y de felicidad, de esta carga pesada del sufrimiento monótono y sumiso que le pusieron en los hombros sus atormentadores, y que él, sin quejarse, lleva en su trote de bestia, a través de los polvosos caminos!

Y ese milagro lo hiciste tú, madre santa de Guadalupe, que en una maravillosa y divina metamorfosis convertiste los restos de antropofagia que quedaban en el fondo prehistórico de la tribu, en fragmentos de hostia eucarística, que comulgan con el fervor medroso de sus almas primitivas, esos hombres dolientes, esos que llegan desde los mundos sin horizonte de las edades oscuras, y que, ajenos a nuestra civilización, sólo conocen de ella tu imagen que los atrae, porque en su color moreno y en su fisonomía amable, pintados con un candor de niño inexperto, adivinan el sello de su genio y de su raza. Y porque eres tan buena y tan misericordiosa con ellos, porque eres la adorable transformación, la hermosa y suave transfiguración de su fe dura y fosca; porque les das la caridad saludable del consuelo en su ignorada desventura, y les ofreces como término de su viaje callado, el reino luminoso y tranquilo de la esperanza, por eso, madre de los desaparecidos—¡con qué razón te llaman así!—ellos se arrodillan y te veneran y traen para ti, desde las más remotas comarcas, su ofrenda de flores y de cera.

No puede acabar tu fiesta, Virgen de Guadalupe, porque se extiende desde tu santuario hasta nuestros hogares, y es la fiesta de la tradición, y es la fiesta de la patria.

Pío X levantará su orden prohibitiva; puede

confiar la grey mexicana en la reforma de la determinación papal. No es creíble que un anciano bondadoso impida a los hijos que festejen gozosamente el santo de la madre. Y para la familia indígena esa prohibición sería una catástrofe. Sentirían los indios como si se quedasen huérfanos.

\*  
\* \*

Y un geniecillo chocarrero, que retoza dentro de mí intempestivamente, me dice, epigramático y maligno:

—¡Una catástrofe para los indios..... y también para las arcas del clero!

1911.

ALFONSO

## EN ESPERA DEL AÑO NUEVO

---

Para la vida humana, esta arbitraria división del tiempo es de un incalculable interés, como que todo lo referimos a ella, y desde los más humildes, desde los más insignificantes episodios de una existencia personal, hasta los más encumbrados y grandes acontecimientos de un grupo, de una sociedad, de una raza, llevan, a modo de membrete, una fecha que los distingue. Se nace, se vive, se ama, se sufre, se muere en un día, señalado en el almanaque con una fila de guarismos.

Un año es una porción de tiempo, dividida y subdividida, para que, como en compartimientos y casilleros, pongamos y depositemos las remembranzas de ayer y las ilusiones de mañana.

—En tal día creí—pensamos, y, en los anaquiles de la memoria, recurrimos al casillero donde está guardada la guñapería de los recuerdos.

“Guarda el arcón los viejos oropeles;  
los harapos de fe, los cascabeles,  
quebradas joyas y marchitas flores.”

Es verdad: de las alegrías que pasan, de los goces que inesperadamente encontramos en el cami-

no, del placer fugitivo, que, apenas llegó, se fue a las callandas y nos dejó el resabio de una nueva tristeza, de todo eso conservamos una impresión vaga, descolorida, fragmentaria, bien distinta de la otra, de la que hemos escondido en los mil y tres casilleros, en cualquier parte, muchas horas, no rápida, no pasajera; al contrario, persistente, íntegra, tenaz, como que es la de la pena siempre en acecho, la del dolor siempre en guardia, la del sufrimiento que, como es proteico, se reviste de las formas más sutiles y raras, toma las apariencias más engañosas para llenar nuestra existencia y hacer eterno su dominio en nuestro corazón.

Si reflexionamos un poco, lo percibimos luego: entre la sombría masa de aforismos pesimistas del viejo Shopenhauer, ese gran alineado, se desligan algunas duras y fuertes verdades, como por las aguas turbias de un río caudaloso y bravío corren, flotando y sacudiendo su floreado y pomposo ramaje, los árboles que descujó con fuerza ciega la cólica y encabritada corriente. El hombre está conformado para el dolor—dice el ceñudo alemán,—y lanza la masa de su filosofía, erizada de férreas púas.....

Cae la terrible doctrina sobre nuestro espíritu, y rompe y desbarata los ideales, y aplasta para siempre las mentiras y subterfugios con que ocultamos las dos magnas pavuras de la vida: el Dolor y la Muerte. ¡Oh, inútil y heroico batallar por huir de estos dos fatales misterios, elementos únicos de que se compone el Destino, y que, según los sabios, no son otra cosa que transformaciones ineludibles de la vida misma!

\*  
\*  
\*

La división del tiempo ofrece la utilidad de los catálogos y de los inventarios. Cada uno de nosotros lleva su cronología íntima, a la que tiene que recurrir para saber cómo sintió y pensó, cómo vió el mundo, cómo se apasionó del amor, cómo le hirió el desengaño, en la sucesión de los días que vienen y se van, con tal inadvertida violencia, que apenas nos dejan lugar para marcar un recuerdo con una fecha, y decir: fué hace diez años, hace veinte, hace muchos años.

Y al recordar el tiempo ido, todos experimentamos la melancólica alucinación: nuestro existir se nos viene encima; el pasado se nos acerca; el horizonte que dejamos atrás, ya remoto, corre hacia nosotros cuándo a él volvemos la cabeza; lo cercano, lo que acabamos de vivir, se borra o se desvanece, y los viejos episodios readquieren su precisión y su vigor, a la manera de esos muros ruinosos que el arqueólogo estudia, corroídos por la lepra, patinados por soles milenarios, y en los cuales una esponja empapada en agua, hace el milagro de revivir, en todo su brillo deslumbrante, los seculares y maravillosos frescos, las estupendas y policromas decoraciones, que se ocultan bajo la gris y reseca veladura que les pone el polvo del olvido. ¡Ah! Y entonces exclamamos: ¡«Parece que fue ayer!»

Sí; ayer fue nada más; ayer, cuando cruzamos, riendo locamente, a caza de las divinas mariposas de la niñez; ayer, cuando la bruma dorada de nuestra juventud se abrió como un rompimiento de glo-

ria, y vimos en el fondo la blanca visión de Margarita, que, hilando en su rueca arcaica, cantaba: *Era un rey de Thulé*; ayer, cuando en pleno hervor de pasiones, cayó bruscamente la tiniebla y no nos dejó ver cómo la voluntad que *viene de lo alto*, nos arrebató el hilo de felicidad a que estábamos tercamente asidos para salvarnos del naufragio; ayer, cuando nos fué infiel el amor; ayer, cuando la amistad nos traicionó; ayer, cuando las flores de cristal del ensueño, que abrazamos a nuestro pecho como un frágil tesoro, se volvieron áspides furiosos y mordieron y envenenaron nuestra carne; sí, ayer fue; todo lo pasado es ayer, cuando hurgamos en el arcón de la vida.

En cambio, *mañana*, es lo futuro. «El porvenir —escribió un pensador— no es más que el presente que llega.» Y el alma es como una novia impaciente e ilusa: a cada hora, a cada día, a cada año, abre la ventana que da al oriente, la de la esperanza, y se asoma y recita los versos del poeta:

«Los amigos se burlan de mi cuita;  
mas yo, que tengo fe, porque te quiero,  
les respondo: «Hace tiempo, que la espero;  
¿por qué no ha de acudir a nuestra cita?»

Y toda trémula de anhelo, toda vestida de temor, como la Belkiss de Eugenio de Castro, el alma espera, desde lo alto de su ventana que da al oriente.

Por el sendero tapizado de sol ha de aparecer el misterioso heraldo de la felicidad. ¿Qué traerá? ¿Qué presente sagrado, qué rara ofrenda, qué talismán secreto?

El alma espera. Nadie puede dudar de que en estos días se asoma su alma, por inveterada costumbre, a la ventana del oriente. Las almas jóvenes, las recién llegadas, las que creen que su melancolía es dolor y sus contrariedades desencantos, sueñan en que el nuevo año les traerá los divinos absurdos que la juventud forja en sus inquietudes y delirios: el amor eterno, la dicha interminable, el ser perfecto que ha de venir a nosotros angélicamente piadoso y puro, para librarnos de los peligros de la vida; la fe, que, como la antorcha de la leyenda otomana, no se extingue jamás; la esperanza, que sonrío a las azules lejanías donde se esfuman las ilusiones que han de llegar.

Las viejas almas, no; ésas, como las hechiceras de los cuentos, suben pensosamente hasta el torreón del Desengaño, para escudriñar el horizonte; ésas tienen miedo de ver llegar, a lo lejos, una remota angustia, un flamante sufrimiento, una pequeña pena, porque de memoria se saben el cantar:

“Las penas pequeñas  
Son las que hacen daño;  
Que las penas grandes, o matan de pronto,  
O pasan de largo.”

Y a ésa también temen, a la Muerte que les ha prometido visitarlas pronto, y que les ha mandado ya su cortejo de tormentos, para que anuncien su llegada.

En tropel, por el sendero tapizado de sol, vienen los días. Ya, otras veces, muchas veces, pasaron ante la atónita y ausiosa mirada.

Era una procesión abigarrada, un largo desfile,

lento en ocasiones, intranquilo y rápido a las ve-  
gadas, un poco monótono, triste y callado.

No era eso lo que esperábamos, sino la pintoresca y viva cabalgata histórica que, por la fascinación de nuestro deseo, entrevimos en la clara lontananza. Los días galanes, los días heroicos, los días trovadores, los días ataviados para el placer o armados de punta en blanco para el combate. Claro que habría días pecheros, días pajes, días heraldos, y también días encapuchados y hueraños como frailes, o ásperos y rufianes, como soldadesca.

Pero la corte iba a pasar con todo su séquito; iba de caza: a matar a los jabalíes del Dolor y a poner trampas y redes a las palomas mensajeras de la Esperanza. Y entre las puntas de las alabardas y el aletear de los neblíes, anhelamos distinguir a los días próceres, a los nobles, a los príncipes que habían de pasar por frente a nosotros como para dejarnos una buena sonrisa y una joya de amor, y un amuleto para ahuyentar maleficios, y una palabra cabalística que fuese un conjuro para la desilusión y la tristeza.

Eso esperábamos..... y allá van (el alma se vuelve al ocaso, con la languidez de un heliotropo al sol que muere), allá van los días que pasaron; grises, monótonos, uniformados de hastío, y sólo uno que otro llevando a hurtadillas o cínicamente una creencia que nos arrebató a mansalva, un cariño que nos quitó a viva fuerza, una ilusioncita que guardábamos como una reliquia y que el bellaco sacó de nuestro pecho a tirones; un sueño que, como un tesoro, escondíamos en el corazón ..... Allá van los mendigos hambrientos; allá va el hampa tenebro-

sa, la cuadrilla de ladrones, la caterva de bandidos; allá va con su botín de baratijas, corriendo en fuga vergonzante por la polvosa carretera del Olvido.

Y todavía, con una pertinacia irritante, con una complacencia criminal, el alma se asoma, toda trémula de curiosidad y esperanza, a la ventana que da al oriente.

\*  
\* \*

La noche azul, de azul ligeramente estriado de plata nevada, convida a colgar vagos ensueños de los hilos de cristal de las estrellas.

Se ve tan completa y a la vez tan misteriosamente cuanto nos rodea, que no parece sino que aquí, a un paso nuestro, está el horizonte recortado por el filo luminoso de las montañas. Casi tocamos el cielo con las manos.

Lo tocamos con el pensamiento, que está en quietud de éxtasis, aliabierto, como esas aves que, para descansar, se detienen en un punto muy alto del espacio.

Cae de allá arriba un hálito sideral de bondad y de misericordia; cae como una fragancia que purifica, como un velo que oculta. Pequeñeces y miserias se desvanecen, diluídas repentinamente en el abismo del espíritu por un fuerte soplo de serenidad y beatitud.

Una secreta aspiración asciende como marea desde el fondo de nuestra vida hacia los celestiales esplendores. Nos sentimos poseídos de una avidez de contemplación que confina con un infinito ano-

nadamiento. ¡Qué oración tan grande puede haber entonces, dentro de una gota de llanto!

\*  
\* \*

Inocente cautiva, ilusa prisionera, Ana, hermana Ana..... ¿qué ves?.....

1906.



## LA FIESTA ESCOLAR

Es bello el espectáculo. Un pedagogo se pone a considerar la evolución que ha sufrido la enseñanza. Un poeta no piensa en eso; ve niños alegres y se contagia de su alegría candorosa.

Efectivamente, es ya un factor educativo el placer. Ha entrado en la escuela y ha tomado asiento en la plataforma donde en otro tiempo el dómine rezongaba sus lecciones. El placer es ya maestro de escuela. Sabe bien que las risas son profesoras de gran sentido. Lo que se aprende con el alma abierta del lado del regocijo, persiste y se arraiga en la memoria, como una imagen en la placa sensible de una cámara. La famosa «letra con sangre» pasó a la categoría de crueldad medioeval.

Era una tortura de la inquisición, como la del *borceguí*, como la del *embudo*. Así como ahora nos horripilamos mirando, en una vieja estampa, los instrumentos que usaban los físicos y cirujanos de cuatro siglos ha, se nos crisan los nervios al recordar los procedimientos de la antigua pedagogía. Resultado y producto de épocas de hierro y de sombra, aquellos métodos duros y severos cultivaban el alma humana, pero deformándola y martirizándola; la robustecían, la cargaban de recias arma-

duras; pero dentro de ellas, la carne se quejaba del peso angustioso, y muchas veces, el pensamiento moría dentro del férreo casco de una doctrina inflexible, como un polluelo prisionero en el huevo y cuyas alas no pudieron abrirse. El talento enérgico y poderoso solía romper la cárcel. Los entendimientos débiles apenas si sobrevivían como asfixiados y cohibidos dentro de su impenetrable envoltura. La voluntad, en vez de afirmarse, languidecía de anemia, porque la esforzaban antes de tiempo, como esos infantes a quienes se les obliga a fatigarse en ejercicios gimnásticos superiores á su organismo.

¿Alharaquear, reír, gritar, moverse libremente; dar expresión al ánimo y flexibilidad a los músculos? No, señor; todas éstas eran faltas, eran pecados escolares. El silencio, el recogimiento, la sumisión, la vista baja, la cabeza inclinada, el libro siempre abierto, el cuerpo siempre encorvado sobre el pupitre, la memoria siempre lista para atiborrarse de palabras que nada decían a la imaginación, que ninguna cosa representaban, que no despertaban ninguna idea, que no abrían esa urna fantástica del ensueño que todo nuevo ser trae, como un tesoro de hadas, a la vida. Las manos agitadoras de por sí, dispuestas a ensayarse, por necesidad fisiológica, en el tacto, atadas con los invisibles pero apretados lazos de una disciplina rígida; la sonrisa, que tenía que escaparse a hurtadillas para que no la riñesen; la mirada maliciosa, contenida en los ojos hipócritas; el contento gesticulando seriamente para que no lo notasen; cada carácter falseado; cada mente, cautiva; cada cuerpo, castigado..... eso era la escuela.